

TIEMPO PASCUAL**6º DOMINGO de PASCUA****6 de mayo****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

El Evangelio del domingo pasado nos invitaba a permanecer unidos a Jesús como el sarmiento a la vid, seguramente en éstos días hemos estado pensando: ¿cómo se puede realizar, en concreto, esta permanencia?

LECTURA:**Juan 15,9-17***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS**

El evangelista Juan pone en labios de Jesús un largo discurso de despedida en el que se recogen con intensidad especial algunos rasgos fundamentales que han de recordar sus discípulos a lo largo de tiempos para ser fieles a su persona y a su proyecto. También en nuestros días.

Permanezcan en mi amor. Es lo primero. No se trata solo de vivir en una religión, sino de vivir en el amor con que nos ama Jesús, el amor que recibe del Padre. Ser cristiano no es en primer lugar un asunto doctrinal, sino una cuestión de amor. A lo largo de los siglos, los discípulos conocerán incertidumbres, conflictos y dificultades de todo orden. Lo importante será siempre no desviarnos del amor

Permanecer en el amor de Jesús no es algo teórico. Consiste en guardar sus mandamientos, que él mismo resume enseguida en el mandato del amor fraterno. Este es mi mandamiento que se amen unos a otros como yo los he amado. El cristiano encuentra en su religión muchos mandamientos. Su origen, su naturaleza y su importancia son diversos desiguales. Con el paso del tiempo, las normas se multiplican Solo del mandato del amor dice Jesús: ese mandato es el mío. En cualquier época y situación, lo decisivo para sus seguidores es no salirnos del amor fraterno.

Jesús no presenta este mandato del amor como una ley que ha de regir nuestra vida haciéndola más dura y pesada, sino como una fuente de alegría. Les hablo de esto para que mi alegría esté en uds, y esta alegría sea perfecta. Cuando entre nosotros falta verdadero amor se crea un vacío que nada ni nadie puede llenar de alegría.

Sin amor no daremos pasos hacia un cristianismo más abierto, cordial, alegre, sencillo y amable donde podamos vivir como amigos de Jesús, según la expresión evangélica. No sabremos cómo genera alegría. Aun sin quererlo seguiremos cultivando un cristianismo triste, lleno de quejas, resentimientos, lamentos y desazón.

A nuestro cristianismo le falta, con frecuencia, la alegría de lo que se hace y se vive con amor. A nuestro seguimiento de Jesucristo le falta el entusiasmo de la innovación y le sobre la tristeza de lo que se repite sin la convicción de estar reproduciendo lo que Jesús quería de nosotros.

No se trata de una frase más. Este mandato, cargado de misterio y de promesa, es la clave del cristianismo: como el padre me ha amado, así los he amado yo, permanezcan en mi amor. Estamos tocando aquí el corazón mismo de la fe cristiana, el criterio último para discernir su verdad. Únicamente permaneciendo en el amor podemos caminar en la verdadera dirección. Olvidar este amor es perdersen entrar por caminos no cristianos, deformándolo todo, desvirtuar el cristianismo desde su raíz.

Y, sin embargo, no siempre hemos permanecido en este amor. En la vida de bastantes cristianos ha habido y hay todavía demasiado temor, demasiada falta de confianza filial en Dios. La predicación que ha alimentado a esos cristianos ha olvidado demasiado el amor de Dios, ahogando así aquella alegría inicial, viva y contagiosa que tuvo el cristianismo.

Aquello que un día fue Buena Noticia, porque anunciaba a las gentes el amor insondable de Dios, se ha convertido para bastantes en la mala noticia de un Dios amenazador, que es rechazado casi instintivamente porque no deja ser ni vivir.

Sin embargo, la fe cristiana solo puede ser vivida, sin traicionar su esencia, como experiencia positiva, confiada y gozosa. Por eso, en este momento en que muchos abandonan un determinado cristianismo-el único que conocen-, hemos de preguntarnos si, en la gestación de este abandono, y junto a otros factores, no se esconde una reacción colectiva contra un anuncio de Dios poco fiel al evangelio.

La aceptación de Dios o su rechazo se juega, en gran parte, en el modo en que lo sentimos de cara a nosotros. Si lo percibimos solo como vigilante implacable de nuestra conducta haremos cualquier cosa para rehuirlo. Si lo experimentamos como amigo que impulsa nuestra vida, lo buscaremos con gozo. Por eso, uno de los servicios más grandes que la Iglesia puede hacer al ser humano es ayudarle a pasar del miedo al amor de Dios.

Sin duda hay un temor a Dios que es sano y fecundo. La Escritura lo considera el comienzo de la sabiduría. Es el temor a malograr nuestra vida cerrándonos a él. Un temor que despierta a la persona de la superficialidad y le hace volver hacia Dios. Pero

hay un miedo a Dios que es malo. No acerca a Dios. Al contrario, aleja cada vez más de él. Es un miedo que deforma el verdadero ser de Dios, haciéndolo inhumano. Un miedo dañoso, sin fundamento real, que ahoga la vida y el crecimiento sano de la persona. Para muchos, este puede ser el cambio decisivo. Pasar del miedo a Dios, que no engendra sino rechazo más o menos disimulado, a una confianza en él que hace brotar en nosotros esa alegría prometida por Jesús: les he dicho esto para que mi alegría esté en Uds. y esa alegría sea perfecta.

Jesús se está despidiendo de sus discípulos. Los ha querido apasionadamente. Los ha amado con el mismo amor con que lo ha amado el Padre. Ahora los tiene que dejar. Conoce su egoísmo. No saben quererse. Los ve discutiendo entre sí por obtener los primeros puestos. Qué será de ellos?

Las palabras de Jesús adquiere un tono solemne. Han de quedar bien grabadas en todos. Este es mi mandato, que se amen unos a otros como yo los he amado. Jesús no quiere su estilo de amar se pierda entre los suyos. Si un día lo olvidan, nadie los podrá reconocer como discípulos suyos.

De Jesús quedo un recuerdo imborrable. Las primeras generaciones resumían así su vida. Pasó por todas partes haciendo el bien. Era bueno encontrarse con él. Buscaba siempre el bien de las personas. Ayudaba a vivir. Su vida fue una Buena noticia. Se podía descubrir en él la cercanía buena de Dios.

Jesús tiene un estilo de amar inconfundible. Es muy sensible al sufrimiento de la gente. No puede pasar de largo ante quien está sufriendo. Al entrar un día en la pequeña aldea de Naín se encuentra con un entierro, una viuda se dirige a dar tierra a su hijo único. A Jesús le sale desde dentro su amor hacia aquella desconocida. Mujer, no llores. Quien ama como Jesús vive aliviando el sufrimiento y secando lágrimas.

Los evangelios recuerdan en diversas ocasiones como Jesús captaba con su mirada el sufrimiento de la gente. Los miraba y se conmovía: los veía sufriendo o abatidos, como ovejas sin pastor. Rápidamente se ponía a curar a los más enfermos o alimentarlos con sus palabras. Quien ama como Jesús aprende a mirar los rostros de las personas con compasión.

Es admirable la disponibilidad de Jesús para hacer el bien. No piensa en sí mismo. Está atento a cualquier llamada, dispuesto siempre a hacer lo que pueda. A un mendigo ciego que le pide compasión mientras va de camino lo acoge con estas palabras: qué quieres que haga por ti: con esta actitud anda por la vida quien ama como Jesús.

Jesús sabe estar junto a los más desvalidos. No hace falta que se lo pidan. Hace lo que puede por curar sus dolencias, liberar s conciencias o contagiar su confianza en Dios.

Pero no puede resolver todos los problemas de aquellas gentes.

Entonces se decide a hacer gestos de bondad, abraza a los niños de la calle, no quiere que nadie se sienta huérfano, bendice a los enfermos, no quiere que se sientan olvidados por Dios, acaricia la piel de los leprosos, no quiere que se vean excluidos. Así son los gestos de quien ama como Jesús.

Desde su nacimiento, el cristianismo se ha presentado como la proclamación de una gran alegría: Dios está con sus hijos e hijas buscado su dicha final. Sin esa alegría, el cristianismo resulta incomprensible. De hecho, la fe cristiana se extendió por el mundo como una explosión de alegría y comienza a perder terreno allí don esta alegría se va apagando.

No deja de ser significativa la acusación de Nietzsche a los cristiano: tendrían que cantarme cantos más alegres. Sería necesario que tuvieran rostros de salvados para que creyera en su Salvador. Estas palabras, tantas veces citadas, son un buen indicador de lo que sienten no pocos ante un cristianismo que les resulta demasiado triste, sombrío y envejecido.

La alegría del cristiano no es fruto del bienestar material o del disfrute de una buena salud. No nace de un temperamento optimista. Es consecuencia de una fe viva en el Dios salvador, manifestado en Jesucristo.

Como recuera el teólogo Evdokimov en su apasionante libro El amor loco de Dios, Jesús pide a sus discípulos que vivan con una gran alegría por el único asombroso hecho de que Dios existe, esta alegría no es solo un sentimiento. Es una manera de estar en la vida, un modo de entenderlo y vivir lo todo, incluso los malos momentos. Es experimentar día a día la verdad de las palabras de Jesús: permanezcan en mi amor.

Son bastantes los cristianos que no dan importancia a la alegría. Les parece algo secundario y hasta superfluo, de lo que no hay porqué ocuparse. Grave error. Sin alegría es difícil amar, trabajar, crear vivir algo grande. Sin alegría es imposible una adhesión viva a Cristo. La alegría es, de alguna manera, el rostro de Dios en el hombre, según el bello título de un libro reciente de Goettman.

Cristo es siempre fuente de alegría y paz interior. Quienes lo siguen de cerca lo saben, y, a su vez, se convierten en fuente de alegría para otros, pues la alegría cristiana se contagia.

Las primeras generaciones cristianas cuidaban mucho la alegría. Les parecía imposible vivir de otra manera. Las cartas de Pablo de Tarso, que circulaban por las comunidades, repetían una y otra vez la invitación a estar alegres en el Señor. El evangelio de Juan pone en labios e Jesús estas palabras inolvidables: les he hablado para que mi alegría....

¿Qué ha podido ocurrir para que la religión de los cristianos aparezca hoy ante muchos como algo triste, aburrido y penosos? ¿En que hemos convertido la adhesión a Cristo resucitado? ¿Qué ha sido de esa alegría que Jesús contagiaba a sus seguidores? ¿donde está?

La alegría no es algo secundario en la vida de un cristiano. Es un rasgo característico. La única manera de seguir y de vivir a Jesús. Aunque nos parezca normal, es realmente extraño practicar la religión cristiana sin experimentar que Cristo es fuente de alegría vital.

Esta alegría del creyente no es fruto de un temperamento optimista. No es el resultado de un bienestar tranquilo. No hay que confundirla con una vida sin problemas o conflictos. Lo sabemos todos: un cristiano experimenta la dureza de la vida con la misma crudeza y la misma fragilidad que cualquier otro ser humano

El secreto de esta alegría está en otra parte: más allá de la alegría de que uno experimenta cuando las cosas le va bien. Pablo de Tarso dice que es una alegría en el Señor, que se vive estando arraigado en Jesús. Juan dice más: es la misma alegría de Jesús dentro de nosotros

La alegría cristiana nace de la unión íntima con Jesucristo. Por eso no se manifiesta de ordinario en la euforia o el optimismo a todo trance, sino que se esconde humildemente en el fondo del alma creyente. Es una alegría que está en la raíz misma de la vida, sostenida por la fe en Jesús.

Esta alegría no se vive de espaldas al sufrimiento que hay en el mundo, pues la alegría del mismo Jesús dentro de nosotros. Al contrario, se convierte en principio de lucha contra la tristeza. Pocas cosas haremos más grande y evangélicas que aliviar el sufrimiento de las personas contagiando alegría realista y esperanza.

ORACIÓN COMUNITARIA:

ACTUAMOS: **PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO:** personal y comunitario